

Vitamina G

No hay futuro para la especie humana sin reconexión con su hábitat

JOSÉ CARRIÓN
CATEDRÁTICO DE BIOLOGÍA EVOLUTIVA
DE LA UNIVERSIDAD DE MURCIA



Corría el año 1998 cuando el naturalista de la Universidad de Yale Robert Pyle publicaba 'The Thunder Tree' ('El árbol del trueno'), para distinguir nuestra necesidad esencial de mantenernos conectados con la naturaleza, incluso en un entorno urbano, dado que, por vez primera en la historia, había ya más gente viviendo en ciudades que fuera de ellas. El famoso escritor acuña el concepto de 'extinción de la experiencia' para subrayar que durante las últimas décadas, y afectando dramáticamente a los niños, la interacción de los humanos con su entorno natural es cada vez menor.

Sabemos que cualquier alienación de nuestra matriz habitacional produce una desastrosa desafección y, aún así, la hipertrofia urbanizadora progresa con la emergencia de nuevos ritos de inversión de tiempo como la televisión, los juegos de ordenador, el uso de internet y las apretadas agendas de los padres en un sinvivir dictado por la cultura mercadotécnica dominante. Para cada vez más gente, la experiencia exterior está siendo reemplazada por alternativas virtuales.

Las consecuencias quedan descritas por alteraciones emocionales y conductuales. En el campo de la investigación médica, se observa cómo la falta de exposición al entorno natural produce un incremento en la incidencia de diabetes, depresión, síndromes autoinmunes y cardiovasculares, llegando incluso a disminuir la longevidad media en personas mayores. Humorísticamente, los teóricos denominan Vitamina G a la «ingesta de espacios verdes» (Greenspaces).

Parece razonable, por tanto, estimular desde la infancia el desarrollo de actividades al aire libre, a ser posible en entornos con alta diversidad geológica y biológica. Si uno desea un hijo capaz, sano y feliz, debería promover oportunidades para la contemplación y el juego creativo no estructurado que se genera en estos ambientes, lo cual es lo contrario que abandonarlos al despotismo adictivo y estrecho de 'tablets' y videoconsolas.

Todos los razonamientos, sin embargo, no moverán el mundo. El mundo se mueve por intereses. Y estos pasan hoy por una fantasía transhumanista en la que pudiéramos llegar a integrarnos en ciborgs carentes de dolor, o escapar a Marte si las cosas se ponen ásperas con toda esa historia del cambio global. Una fantasía infantil. Y peligrosa; pues mientras tanto nos aproximamos a un previsible magnicidio por el agotamiento de los recursos básicos de supervivencia energética.

Lo que trato de analizar es sin duda lo evidente, pero que no los engañen con augurios de inmortalidad.

Pregúntense si van a terminar creyendo en la inmortalidad de una persona por el hecho de que nunca la hayan visto morir. Pues dicho sea de paso, no hay futuro para la especie humana sin reconexión con su hábitat. Cabe pensar como una montaña, nos sugiere Aldo Leopold.

Muchos insisten en que no podríamos vivir sin internet y sin bancos. Se equivocan: nos adaptaríamos bien pronto. Pero nuestra supervivencia colectiva colapsaría en muy poco tiempo sin proliferación bacteriana. Nuestros cuerpos no son entidades aisladas ni libres; somos quimeras atrapadas en redes ecológicas, comunidades de organismos habitando un espacio que se comparte y en el que se produce una interdependencia compleja y dinámica. Como animales y primates sociales, nuestras posibilidades no son ilimitadas por mucha entrega que le pongamos al desiderátum tecnocientífico.

Pues en esta ilusión paranoica de control y autogobierno biológico es donde ha emergido una cultura de asfalto que sobrevalora la juventud, el trabajo, el entretenimiento, la acción, el placer y la comodidad, mientras infravalora la madurez, la suerte, la contemplación, el movimiento, la compasión y la experiencia. Todo lo segundo brota espontáneamente de nuestro hábitat y solo tenemos que buscar humildemente los puntos y tiempos de encuentro.

La lógica de la naturaleza es más vieja que el más común de nuestros sentidos. En el significado planteado, la extinción de la experiencia podría combinarse con la extinción de la especie. Pues empeñados en someter la realidad, ésta se empeñará en aplastarnos. El poeta francés Arthur Rimbaud lo escribe con precisión: «He sido devuelto al suelo, con un deber por encontrar y con la rugosa realidad por abrazar».

Hace unos meses me timaron astutamente para llevarme a un programa de televisión cuyos propósitos doctrinales yo desconocía. Se trataba de debatir el sentido de la vida. Divino coloquio del que no pude salir ileso, pues allí casi todos sabían de Dios, mientras que yo apenas sé más que dar las gracias a mi madre por haberme soñado, gestado y parido a este mundo que, aunque no comprenderé nunca, nunca ha dejado de sorprenderme. Ningún aplauso en el auditorio más concurrido, ningún galardón, han podido competir en mi memoria vivencial con los placeres que me ha dado la Vitamina G: estar en la charca donde habitan las ranas, la puesta de sol en compañía de mi tribu, el ascenso a la montaña, el amor al aire libre con el regocijo de un cuerpo bien nutrido y deseoso. El sentido de la vida es vivir.